



# EL ARBOL

## (Cuento un tanto extraño)

por ADOLFO LEIBAR

Y por fin... casi sin ruido, se cayó, pues estaba seco y hueco, vacío; parecía como si durante los últimos años se hubiera sostenido por su costumbre de estar erguido.

El viejo árbol rindió así tributo al tiempo que se va, que continuamente va pasando, como el agua de los arroyos que no vuelve.

Pero no le tumbó el mordiente filo del hacha, ejecutora insensible e inexorable de los descos de quien la maneja, como él siempre temió. No; no merecía tal fin un árbol de tan recia personalidad, sino la erosión, la carcoma, los fríos, los vientos, los... más de cien años.

Ya era esbelto mozo para cuando el Cura de Santa Cruz daba trabajo a los liberales con sus guerrillas asaz eficaces. A su sombra se proyectó y preparó algún que otro hito de lo que hoy conocemos por «guerras carlistas».

A sus pies se juraron amor eterno muchas parejas de novios: Joshe-Mari y Carmenchu partieron para las Américas con ánimo de enriquecerse y vivieron pobremente y con muchos morros. Otro Joshe-Mari, pariente del anterior, y Mañoli, que peleaban mucho, se enriquecieron en el lugar. A él le dio por pasar de albañil a contratista, y como era muy despierto le fue bien; ella, Mañoli, garrida y juncal, le secundó inteligentemente.

Fue mudo testigo, pero apenas de su impotencia, de los nocturnos cambios de muga —con premeditación y alevosía— a tenor de las ambiciones de cada uno de los primogénitos del caserío Luzategui. Hasta que llegó la Diputación con su foto-planimetría... o así, y dejó las cosas en su punto.

Conoció y maldijo al solapado y destajista topo que durante una buena temporada tamizó

de abundantes y geoméricamente circulares galerías el lugar, destrozándole en esta operación lo más jugoso de sus entrañas. Mas como también perjudicaba al etxeko-jauñ de Luzategui, la maldición encontró adecuado eco en un certero atxurrazo que concluyó definitivamente con las actividades altamente productivas del rey del subsuelo.

El pájaro de su predilección fue el cuco al que, gustoso, daba cobijo. Lo que más le agradaba de él era su llamada siempre distante, tan lejana, incluso cuando descansaba en una de sus ramas repitiendo su monótono «ku-ku».

A su sombra acostumbró a rumiar su parco almuerzo «Filiño», un melancólico afilador de Orense que seguía «la ruta del riego», como él denominaba a toda la costa desde Galicia hasta Fuenterrabía. Contaba «Filiño» que, a veces, a cuesta con su ingenioso y primitivo armatoste, cogía una nube gorda en Santiago y se venía con ella hasta dejarla flácida, vacía, en la misma playa de Fuenterrabía, donde él siempre paraba para recoger su arena que era la que mejor abriantaba y pulía las piezas recién afiladas. A «Filiño», que encontraba gris al sol, le gustaba con delirio la lluvia ¡menos mal!, sobre todo el suave y eterno siri-miri que colmaba totalmente con su enraizada morriña. Tenía «Filiño» la cara curtida como un zapato a la intemperie, lo que le daba un aspecto de fiero viejo, mas él era joven y buena persona, lo que no impedía que la grey perruna de los contornos discrepara acusando su visita anual con una brillante cohorte de ladridos. «Filiño», ironías de la vida, mu-

rió de insolación un día de San Pedro soporífero.

No; no le gustaba que se le subieran los chicos a coger nidos y sacudía sus ramas para atemorizarlos. No es de extrañar por tanto que le tuviera un paquete especial al hijo de «Prostu», un mocoso que sabía más diabluras que el propio Lucifer. Y un día de mucho viento en el que, una vez más el susodicho hizo chicarra para capturar cuatro pimpantes billigarros que anidaban en el árbol, sacudió de tal forma las ramas que el hijo de «Prostu» tuvo que pasar tres meses con muletas para sanar su pata rota.

De las cosas que sentía durante la noche prefería no hablar, pues, él también, en el fondo, se sentía con vocación de contrabandista... sólo que no podía.

Pero no le gustaba la noche: en cuanto comenzaba el atardecer se ponía mustio. No le gustaba la noche porque no tenía color: solo, arriba las estrellas y... temblando.

¿De dónde salía el viento? Esto siempre le intrigó. Unas veces le susurraba dulcemente entre las hojas; otras, huracanado, le desgajaba la más preciada de sus ramas, aunque, eso sí, casi siempre le eliminaba las peores, las enfermas.

A menudo, las gotas de lluvia le traían trozos de ola del cercano mar y le gustaba la sal y el noroeste que le traía. No le agradaba, en cambio, la nieve, porque le apelmazaba y oprimía con su peso y porque todo lo dejaba blanco, como muerto; solamente la toleraba porque le hacía buena limpieza entre los parásitos.

Y notaba las estaciones y los años. Los años le hacían aritos en su interior: unos, pequeños y prietos; y otros, los que estaban cerca de la corteza, espléndidos. Y cuando pasó de los cien años comenzó a contarlos, preocupado como una mujer coqueta y vanidosa. A partir de entonces empezó a gustarle el Invierno —él que siempre amó la Primavera y el Verano— porque le dejaba somnoliento; la primavera era su suspirado opio.

El árbol le servía para recostarse en él durante el transcurso de alguna de sus correrías a un gitano maniático que tenía marcada predilección por arramplar gallinas blancas, por lo que a la picaresca no le costó mucho esfuerzo apoderarse «El gallina blanca». Y cuando «El gallina blanca» robaba a don Baltasar, que era uno de los que más mandaba en el pueblo y más dinero tenía, la gente sonreía maliciosamente, guiñaba sus ojos con alegría y sentía simpatía por el maniático. Pero como don Baltasar no era tonto y sabía de la predilección del gitano, renovó todo su gallinero con gallinas de color canela. «El gallina blanca» era, quizás por contraste, muy oscuro, casi negro y tenía cara de pocos amigos y, además, no le gustaba tenerlos. Sustentaba la teoría de «anda solo y así no te traicionará nadie», por eso mismo escapaba de todo: de los corrales cuando había entrado; de la benemérita, que se la tenía jurada, no digamos; y, sobre todo, de cualquier campamento o carromato de gitanos. Algo que empezó por la posesión de un burro viejo y canoso y acabó a navajazos, tenía gran importancia en esa extraña y poco solidaria actitud. Cándido, el tripudo tasquero de Goiko-kale —a quien le gustaba que le reconociesen como barman y no lo era— en una ocasión en que «El gallina blanca» soliloqueaba entre bascas de alcohol, le oyó rezongar: «Sí, Perico es un burro viejo, pero vale más que el oro; conoce España mejor que el mapa Michelin»...

Al árbol lo visitaba frecuentemente don Pedro, el Vicario Jauna, experto conocedor de las veredas y rincones más acogedores de todo el contorno. A su sombra rumiaba el breviario, pero un día «de dio un parálisis» y se quedó arrinconado en el pueblo. El sustituto, don Fermín, no era partidario de las caminatas; se reclinó en su casa para refugiarse en la lectura y también escribía colaborando en una revista de monjas que, en justa reciprocidad, le recompensaban con indulgencias y a fin de año con el dulce de

membrillo que le enviaban a una de ellas sus familiares de un pueblo de Levante.

Y a sus pies, en noche cerrada como el túnel largo del topo, le arreararon más que a una estera —¡Zapa, zapa!—, entre unos cuantos, a «Beltza», un alguacil que se creía por lo menos El Cid Campeador, y que cuando se ponía de malas era más malo que no sé lo qué y repartía mandobles con el ritmo y la exactitud con que un molino de viento mueve sus aspas. Aparte de Eustaquio, Luis, Pedro, Antonio y Joshé, el de Portu, que fueron ellos solos los que le zumbaron, nadie más lo sabía, aunque todo el mundo se figuraba. Estos, de esta forma tan poco académica concluyeron así con el pavor que desde pequeños inundaba sus mentes la sola mención de «Beltza». Cuando eran unos críos y porque rompieron sin querer un cristal con una pelota, los metió a la perrera. Luego, les hizo lo mismo en su primer robo de ciruelas y también en su primera borrachera. Y de esta forma, poco a poco, fueron obsesionándose con «Beltza» y más de una vez, cuando salían de la sidrería eufóricos y pléuricos de espíritu después de trasegar el contenido de un rollizo barricote a sus particulares y esponjosas kupelas, arremetían a pedradas y a palazos contra un espanta-pájaros que había cerca de la sidrería, llamándole: ¡Beltza, beltza zikiña! Pero después de la paliza se calmaron y acabaron casi siendo amigos, hasta que un día de esos en que lo mejor hubiera sido quedarse en la cama, Eustaquio, destilando la euforia de cuarenta vasos de sidra, rebosante de sinceridad, le contó todo a «Beltza» y éste, que por lo que se ve todavía se sentía molesto, en compañía de sus hermanos y cuñados propinó una paliza bestial a Eustaquio —por tanto— y a Luis, Pedro, Antonio y Joshé, el de «Portu», por ser sus íntimos amigos y colaboradores.

También durante algún tiempo visitó a nuestro árbol, Lucio, uno de los peluqueros del pueblo. Lucio era más agarrado que un echotis y si salía al campo y se llegaba hasta el árbol era con la sana intención de recoger en el camino camamillos o gibelurdinas del suelo; o manzanas, peras y cerezas de las ramas de los árboles, con lo cual y un poquitín más se alimentaba. Y un mal día, algún buen amigo que sabía donde guardaba el dinero se lo robó y, entonces, a Lucio le dio por cerrar la barbería y salir a la calle con la vacía sobre la cabeza, varias nueces de las que usaba para redondear los moftetes de sus sufridos clientes se las metió en la boca y también se metió una mano en el bolsillo apretando fuertemente su predilecta navaja barbera. Y por esto último, sobre todo, porque lo demás hacía gracia, se lo llevaron a Santáueda, donde quiso volver a ser barbero pero no le dejaron. Allí, como comía, engordó, y así pudo curarse y volver al pueblo, dándose la curiosa circunstancia de que cuando lo supo Hermenegildo, el otro barbero, salió disparado para el sur de España a visitar a una tía segunda que tenía muy grave. Pero Lucio ya no era el mismo, ni destilaba la suficiente confianza como para que sus clientes se arriesgaran a poner el gaznate entre sus manos, por lo que se fue, como entonces todo el mundo lo hacía, a la Argentina, donde, en la Patagonia, sin ir más lejos, murió.

Más, de todos, fue «Dionisio artzaia» el personaje predilecto de nuestro árbol. Ininterrumpidamente, durante casi sesenta y cinco años, vino con su rebaño, perro y morroi a pasar la invernada. Llegaba por Navidad con las ovejas ya preñadas, huyendo de la nieve, y volvía el día de San Marcos con el rebaño aumentado en una caterva de saltarines y retozones corderitos que, aun sin conocerlos, parecían husmear los jugosos pastos de las alturas a donde se dirigían en su marcha de retorno.

Dionisio era alto y enjuto y aunque uno se hallara a dos palmos de él sus azules ojos parecían mirar siempre al infinito. Hablaba poco y casi siempre en monosílabos, como si cada palabra le costara dinero y él sí que era mirado para eso pues le costaba mucho esfuerzo y sacrificio ganarse el real, que era como sacaba siempre las cuentas.

Durante muchos años apacentó su rebaño en la Sierra de Andía, la de los mejores pastos y la más saludable. Después, como los rebaños fueron haciéndose mayores, pues ya había desaparecido el lobo y sus estragos que obligaban al pastor a tener pocas ovejas y a dormir con ellas en apretados rediles, Andía se mostró insuficiente y pasó a Urbasa, pero un largo ciclo de sequías le obligó a afinarse definitivamente en la bella Sierra de Aralar, donde pasó los últimos veinte años de su dilatada vida de pastor.

Hasta sus últimos cinco años realizó la trashumancia a pie; después, una noche oscura y lluviosa, un camión le destripó medio rebaño, y en adelante optó por trasladarse en camión, como lo hacía ya la mayoría de los pastores. No le gustaba mucho el sistema, porque decía que sufrían las ovejas, pero tenía la ventaja de que el rebaño llegaba el mismo día a los nuevos pastos, lo que le compensaba económicamente, pues, durante los días que duraba la marcha a pie, las ovejas apenas daban leche. Además, ya tenía muchos años y el esfuerzo y la atención que exigía la caminata era grande.

Como pastor, se retiraba en cuanto oscurecía, salvo en las noches estrelladas en las cuales se extasiaba en la contemplación del firmamento, al que concebía como algo muy sólido, hecho con hierro y con fuego.

Tuvo dos hijos: Crispulo y Melquiades, que se ajustaban exactamente al santo del día en que nacieron. Y los dos se hicieron pastores, como su padre. El nacimiento de Melquiades produjo la muerte de su madre Josefa. Y Dionisio, viudo bastante joven, de buen ver y necesitado de ayuda, no quiso sin embargo volver a casarse, aunque insinuaciones y presiones no le faltaron, sobre todo por parte de Andresi, una mujer de tronío y de rompe y rasga, viuda y dispuesta a no consentirlo por más tiempo y que se derretía con solo ver la sombra de Dionisio; y también por parte de don Pedro, el Vicario Jauna, que era primo suyo y que de eso de los viudos sabía un rato. Pero a Dionisio le bastaba con el grato recuerdo de su Joshepa y no se atrevía a embarcarse de nuevo.

Después, vinieron nueve nietos y sólo uno, Claudio, se hizo pastor; nadie más quiso serlo prefiriendo ir a la fábrica. Y esto apenó a Dionisio quien, recostado contra el árbol, vigilando el rebaño, pasaba largas horas silenciosas, que era lo que le gustaba, aunque a veces, cuando creía que no podían escucharle —sólo el árbol— demostraba ser un buen bersolari.

Dionisio murió de una pulmonía y otras complicaciones que le inundaron de agua los pulmones. Y no permitió que le curasen más que por vía bucal y como ya no había remedio, le dejaron. En su largo delirio habló más que durante muchos años y siempre sobre el rebaño y su nieto Claudio, el pastor, a quien le dejó todo lo que tenía, hasta el perro y una especie de antediluviano mechero ideado por él.

## Continuación de "La música en la Escuela"

(Viene de la página 48)

pequeños grupos corales y se organizan programas frecuentes de conciertos con individualidades o agrupaciones de la localidad, aun se hace más admirable y digna de encomio la labor prestigiosa de un profesor entusiasta.

Pero falta el sistema, el plan de trabajo para llevar a todos su conocimiento; en fin, hay que dotar, además, a los centros docentes, de los medios técnicos audiovisuales que la educación moderna exige cada vez con más fructífero rendimiento. Y ellos son en este caso los de una fonética bien surtida

Otro que tuvo una temporada durante la cual visitó con frecuencia el árbol, fue Cosme, que tenía fama de ser un lince para ver los negocios y de que, después, no le acompañaba la suerte en ellos. Cosme, había pasado la mili en un pueblecito del Sur de España en el que se fabricaban muchos botijos y él había comprobado que la «bustiña» de los alrededores del árbol tenía un color muy parecido a aquélla del Sur y pensó que quizás se podrían construir con ella no esa especie de frigoríficos prehistóricos, pues su fino instinto de negociante ya le advertía que no conseguiría introducir en el lugar la costumbre de usarlos, pero sí que podría prosperar la fabricación de canicas de barro, que éstas sí que las usaban mucho los chavales, empezando por los de Policarpo, que tenía doce y esperaba otro para junio. Y consecuente con la idea, acompañado de su amigo Andoni, a quien le encandiló de tal forma con los resultados del negociado —ganarían diez céntimos en cada canica— que ni dormía siquiera, fabricó, con las prisas de un avaro, varias toneladas de canicas. Y al efectuar las pruebas preliminares, antes de invadir el mercado, vio con desilusión que las canicas si servían para jugar a «arras», pero no para «kaskas» pues, cuando chocaban entre ellas, de todas todas se rompían. Y después del sonado fracaso Andoni no le volvió a hablar más a Cosme, pero pudo volver a dormir tranquilo según su añorada costumbre.

Y, finalmente, el árbol sirvió para que se ahorcara en él don Inocencio, que tenía de todo, hasta mucho dinero, aunque después de apretarse el gañote hasta decir basta, vino a demostrarse que gran parte era prestado, si hacemos caso de las habladerías. Este hecho suscitó muchos comentarios en el pueblo donde se entabló la discusión de si el suicidio era un acto de cobardía o de valor. Prevaleció el referendun de que era de cobardes. Pero como decía don Francisco, el boticario: «Eso lo dicen porque lo han oído, pero no por convencimiento». Y luego, añadia socarrón: «¡Este pueblo sí que es de valientes! Lleva más de 200 años sin que se haya suicidado nadie... pues, don Inocencio ni siquiera era de aquí, claro que cuando tenía mucho dinero y antes de ahorcarse, sí que lo eras».

Lo del ahorcado acabó dándole mala fama a nuestro árbol y solamente los forasteros ponderaban sin reparo su presunta magnificencia, cosa que hacía renovar su savia y hasta que temblaran sus hojas de tanto gozo y contento. Pero los vecinos, ya al final, huían del lugar, demostrando así la influencia de las habladerías y del temor. El, el pobre árbol que, descontando la parte que tuvo en el accidente del hijo de «Prostu», no había hecho en su vida otra cosa que intentar el bien.

Y un día de mucho frío y mayor viento, por fin, sin que nadie lo presenciara, casi sin ruido, se cayó, pues estaba seco y hueco, vacío; parecía como si durante los últimos años se hubiera sostenido por su costumbre de estar erguido.

de cintas magnetofónicas y discos, por medio de los cuales los alumnos puedan conocer la historia universal de la música en todos sus aspectos vocales e instrumentales, así como en su carácter religioso y profano, culto y popular.

En suma, bien está que se estimule con certámenes y concursos la formación musical de nuestra juventud, pero piénsese en buena hora en organizar estable y definitivamente una enseñanza de utilidad tan notoria como indiscutible.

Pedro de Urrestarazu y Artola